



Seix Barral

Sorj Chalandon

La rabia bajo la piel





Seix Barral Biblioteca Formentor

Sorj Chalandon

La rabia bajo la piel

Traducción del francés por
Adolfo García Ortega

Título original: *L'enragé*

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2023

© por la traducción, Adolfo García Ortega, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-322-4885-6

Depósito legal: B. 14.102-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

EL TIÑA

11 de octubre de 1932

Todos tienen la cabeza gacha, la nariz metida en su escudilla perruna. Zampan, lamen, rebañan su pitanza sin hacer ruido. Prohibido en la mesa, el ruido. El refectorio debe estar en silencio.

—En silencio, ¿entendido? —ha espetado Chautemps para impresionar a los nuevos.

Salvo en el recreo, la más mínima palabra está castigada.

El vigilante jefe impide incluso las miradas.

—Leo en vuestros ojos, rufianes.

Ese antiguo suboficial camina entre las mesas, embutido en su uniforme azul.

—Y veo en ellos las sucias trastadas que estáis maquinando.

Su gorra de guardián se pasea en medio de nuestros cráneos pelados. Moysan, Trousselot, Carrier, el Abeja, Petit Malo, incluso Soudars, el cabecilla, tienen todos la

cabeza hundida en los hombros. Nuestra tropa de canallas parece un ejército vendido.

—¡Vuestras miradas son viciosas!

Chautemps da un golpe en la mesa con su gorra con galones. Se ha acercado hasta mí.

—¡Tú, Tiña, baja los ojos!

Le sostengo la mirada.

El golpe caerá. Lo sé.

Se aclara la garganta. Es la señal de su cólera.

—¡Tiña!

Nadie tiene derecho a llamarme así. Nunca. Es mi nombre de guerra, ganado a fuerza de dientes rotos y cabellos arrancados. Solo yo lo pronuncio. Lo reivindico, y los demás lo temen. Ningún interno, ningún vigilante, ni siquiera Colmont, el director, puede emplearlo. «El Tiña», esa es mi identificación y mi rabia. Mi campo de batalla.

Chautemps se acerca. Estoy sentado, en el extremo del banco, el quinto de la fila. No veo más que espaldas encorvadas. Hasta en la cárcel los individuos están a la mesa unos frente a otros, hablan entre ellos como en un restaurante. Pero aquí, en la Colonia penitenciaria de Haute-Boulogne, nos han puesto unos detrás de otros, con las nuca en fila y la prohibición de darnos la vuelta.

—¡Mira tu plato!

Un cuenco de hojalata.

En Mayenne, nuestros puercos comían en ese mismo metal. Lo desafío. Sonrisa torcida.

—Mi abrevadero, quieres decir.

Sin mediar palabra, el vigilante coge la jarra abollada que hay delante de mí y me la arroja a la cara. Una bofetada metálica. La jarra me hiere el pómulo. Me empapo. Y ahí está Chautemps, enorme pedazo de mierda con los brazos colgando, sin saber qué hacer.

Cuando el jefe me ha pedido que baje los ojos, he cogido el tenedor, le falta un diente, hay tres afilados. Le va a doler. El guardián ha visto mi gesto.

—¡Mira tu plato!

Le salto a la garganta. El hijo puta es grande. Es de mi altura, pesa como yo, pero yo tengo dieciocho años y él tiene cincuenta. Un animal que ataca a su amo. Lo arrastra en su caída. Él se inclina por el peso, las manos en el aire, cae de espaldas, la cabeza choca violentamente contra el suelo. Yo ya estoy encima, a horcajadas, agarrado al cuello de su uniforme. Grito, lo miro a los ojos. Le oprimó el gaznate con mi brazo. Saco la lengua. La agito en todos los sentidos. Un perro que lame.

—¿Es esta una mirada viciosa, jefe?

Nuestras frentes juntas, su miedo, mi disfrute.

—Contesta, jefe, ¿es viciosa?

Desde el fondo del refectorio, los guardias acuden dando voces. Sus zapatos herrados suenan sobre el cemento. Agarro la gorra de Chautemps, me la enfundo hasta los ojos sin soltar a mi presa.

Ahora el recluso es él, el guardia yo.

—¡No seas idiota, Tiña! ¡Suéltame!

Su voz estrangulada. Sus ojos de loco. Su cara casi azul.

Los tres vigilantes se abalanzan sobre mí, muerdo a mi víctima. Hincó el diente en su cuello. El festín del lobo. Pero el pellejo de un hombre resiste los dientes picados. Es flexible, duro, no se deja desgarrar. No tengo carne en mis fauces. Nada de sabor a sangre. Bajo los golpes de las porras, mi mandíbula renuncia. Hay un tropel de guardias sobre mi espalda. Me yerguen, me ponen las esposas. Un vigilante me golpea la nuca con un vergajo y me escupe en la cara.

—¡Vamos, cabrón!

Tiemblo. Todos tiemblan. Dos pitidos.

El refectorio, que era un griterío, es llamado al orden.

Se acabó. Iba a ser arrojado a una celda de castigo, condenado a pan y agua. O arrastrado hasta la sala de audiencias para ser enviado a Eysses.

—¡Si sigues así, te verás en Eysses!

La penitenciaría de los rabiosos. La peor de las amenazas.

Soudars, el cabecilla, estuvo allí tres años, antes de ser enviado aquí. Era discreto sobre su estancia, pero hacía gala de ella. Era su medalla de tipo duro. Un sonajero blandengue, en realidad. Un colono demasiado sensible para el despiadado establecimiento de Villeneuve-sur-Lot. La administración penitenciaria lo había trasladado a Belle-Île por buena conducta.

El jefe de los vigilantes se sienta con dificultad. Empez a recuperarse, pasa los brazos alrededor de sus rodillas encogidas. Nunca lo he visto abatido. El que dice ser primo de Camille Chautemps, presidente del Consejo, parece un chaval que se ha caído de la bici. La mirada perdida. El cuello ensangrentado. Llevo todavía su gorra de poli en la cabeza.

Uno de los guardianes me la arranca.

Ambroise Chautemps se ha detenido a mi altura, grandón, brazos cruzados. Se ha aclarado la garganta. Me desafía, barbilla en alto y ceño fruncido.

—¡Mira tu plato!

El vigilante jefe conocía mis crisis. Mis delirios, como él los llamaba. Yo le había hablado de ellos al médico.

Y este se lo había contado a él. Fabulaba que mataba para no tener que hacerlo. Me servía de inspiración y me imaginaba que lo convertía en real. Los gritos, las miradas, el miedo. Me oía a mí mismo golpear. Un puñado de pelos arrancados, una oreja machacada de un puñetazo. La boca me sabía a sangre, a salado, a metal, sentía esa náusea. Incluso las lágrimas de los otros en mi lengua. Después de semejantes arrebatos de cólera tenía frío, temblaba. Miedo, también. Sin moverme de mi banco, sin levantarme de la cama, sin quitarle ojo a mi escudilla, acababa de herir a uno de los reclusos, de matar a un guardián, de destruir el refectorio y de evadirme.

Esta vez había devorado a Chautemps.

Respiraba fuerte, mi mano temblaba con el puño sobre la mesa. El otro puño, metido en el bolsillo, manoseaba la cinta de mi madre como un rosario.

Necesité unos minutos para recuperarme. Comprender que no había pasado nada. Tranquilizarme. Decirme que había sido de mentira. Reinaba el silencio. El vigilante había visto cómo lo miraba. Mis ojos de loco. Mi boca abierta. Acababa de zamparme su garganta y él lo sabía, como si sintiera que había hincado mi tenedor en su nuca cuando él se había dado la vuelta. Que lo trinchaba a golpes de punzón robado de la atarazana. Que le reventaba la frente sobre el borde de un escritorio sin dejar de reírme. Adivinaba mis pensamientos. Cuando me miraba, veía su cruz.

Se inclinó sobre mí.

—¡Bonneau, baja los ojos!

Bajé los ojos.

Trousselot, Carrier, Soudars, el Abeja y todos los demás también.

—¡Silencio, Malo!

Estaba sentado en el extremo del banco. Mi sitio habitual. Chautemps reanudó su ronda entre los colonos. Así era como nos llamaban en la ciudad. Él nos había apodado «los viciosos». Enfadados, éramos una amenaza. Sonrientes, un peligro aún mayor. Creía que esperábamos a que se adormeciera para llevar a cabo alguna trastada. Y tenía razón. Nunca descansábamos. Incluso con la mirada incrustada en la escudilla, seguía maquinando cosas. Le plantaba cara, derramaba su sangre. Desafiaba también a los demás vigilantes. Y mortificaba a los chavales idiotas que cumplían sus órdenes como corderitos. Escarmentaba a todos los Soudars, los cabecillas, los malhablados, los mamporreros, los metemanos de niños en las duchas, que me desafiaban, que me hablaban mal.

Cogí mi cuchara sucia para rebañar el fondo del guiso. Ya no era más que una nuca y una espalda. Un canalla domado por el borde de mi escudilla contra su frente. Un dócil.

Siete de los nuestros se habían escapado hacía dos días. Yo había querido contribuir con mi parte de cólera. Incluso llegué a bloquear el refectorio solo por hacer daño, porque eso me resarcía. Los camaradas habían aprovechado una salida para evadirse, con los guardianes, campesinos y pescadores siguiéndoles los talones.

El jefe del taller había hablado libremente del asunto con un profesor. Trousselot los había escuchado mientras le tocaba pasar la mopa por el suelo, cosa que hacía sin prisa, tomándose su tiempo, al acecho, apoyado en el palo.

Al cabo de dos días errando por la landa, los huérfanos habían forzado la puerta del antiguo castillo de Nicolas Fouquet, que había servido de dependencias disciplinarias de la colonia. En su época, el vizconde había adquirido Belle-Île como quien compra una hogaza de pan.

Hoy, el fortín pertenecía a un dentista parisino que no vivía allí. Liderados por el colono Délivas, los siete invadieron el edificio vacío. Robaron una pistola, un par de floretes y un sable. También saquearon la bodega y se bebieron el vino de las botellas a morro. Alertados por unos vecinos, los gendarmes dispararon sus fusiles al aire para desalojarlos. Entonces los colonos huyeron a los bosques, con algo de pan y un trozo de mantequilla. Los encontraron seis días más tarde, escondidos en una gruta de la costa. Salieron sable en ristre y diciendo que preferían morir a regresar a la colonia. Siguiendo órdenes de la fortaleza, los militares prometieron escoltar a los evadidos a la prisión de Lorient. Al oírlo, el cabecilla Délivas y los otros se rindieron, entre las pedradas, los terrones y los escupitajos de los vecinos.

—Habrá un proceso para los menores y Eysses para sus cómplices —añadió el jefe del taller.

Se volvió hacia Trousselot, que daba golpecitos a las baldosas con la mopa pensativamente.

—¿Qué estás haciendo? ¡Date un poco de prisa, holgazán!

Fue así como nos enteramos de esa evasión.

Esa misma noche, los guardias estaban nerviosos. Nos mandaron ponernos en fila a lo largo de los barracones. Hacía frío, caía un chaparrón.

Chautemps gritó.

—¡Vais a subir a las celdas de uno en uno!

Los más jóvenes pasaron los primeros, agarrándose a la barandilla de la basta escalera exterior que conducía al piso. Quince escalones de madera mojados y resbaladizos por la lluvia.

—¡Sigamos!

Esperaba que un recluso llegara hasta arriba para llamar al siguiente.

Cada niño subía despacio, golpeando firmemente los peldaños con sus zuecos.

—¿Vamos a estar aquí hasta mañana por vuestras estupideces? —gruñó alguien en la fila.

Chautemps fue directamente hacia nosotros. Sacó su vergajo.

—¿Quién ha hablado?

Yo había reconocido la voz grave de Marc Auzenet. Todo el mundo bajó la cabeza.

El jefe apretaba los dientes.

—¿Castigo al azar o preferís que os deje a todos fuera? Silencio.

—¿Loiseau, has sido tú?

El joven colono abrió los ojos de par en par. Los caribecillas como Auzenet lo llamaban «Señorita». Una carita de porcelana, ojos muy azules, no cabía en su uniforme. Nunca se quejaba de nada. Bajaba la cabeza, se pegaba a la pared, aceptaba todas las faenas que le encomendaban y solo había una cosa que lo hacía feliz: tocar el clarinete en la banda. Camille Loiseau era huérfano. ¿Su crimen? Haber sido abandonado por sus padres a los doce días de nacer, envuelto en pañales y depositado de noche delante de la entrada de la catedral de Saint-Corentin, en Quimper. Por eso había sido encerrado aquí a los

doce años hasta su mayoría de edad. Y vivía con los ojos bajados.

Chautemps la tomaba con el más débil de nosotros.

El guardián levantó la barbilla del chaval con su porra trenzada.

—¿Qué, Carita de Ángel? ¿Te escondes detrás de los mayores para hacer tus guarradas?

Loiseau bajó la cabeza.

—¿Quieres pasar la noche fuera, es eso?

El pequeño sacudió la cabeza. La lluvia golpeaba sobre su cabeza afeitada.

El jefe miró a nuestro grupo. Se aclaró la garganta.

—Os gustaría que la niñita esta fuese castigada por vosotros, ¿eh?

Bajé la cabeza.

—¡Le vendría muy bien al cabrón que se resiste a dar la cara!

Chautemps pasó revista a nuestra fila. El agua le caía por la visera. Yo sabía que nos observaba a cada uno de nosotros. Tenía frío.

—Pero eso no va a ser así.

Levanté los ojos. El jefe había pasado el brazo por el frágil hombro del pequeño colono.

—No va a ser así porque Loiseau va a decirnos amablemente el nombre del que se ha hecho el listo y nos vamos a ir todos a acostar.

Estrechaba al chaval, lo ahogaba. Se inclinó hacia su cabeza gacha.

—¿Me dices el nombre, Loiseau?

Silencio.

—No te oigo, Loiseau.

Suspiro.

El guardia canturreó.

—¿Loiiiiiseau?

A continuación le dio una bofetada. Sin avisar. Un golpe bajo.

El muchacho se tapó la cara con los brazos. Un gesto habitual.

Chillido de ratón.

—Es Auzenet, jefe.

Chautemps se separó. Contempló a su cohorte. Sonrió, pasándose una mano por detrás de la oreja.

—No te he oído bien.

—Es Auzenet, jefe —repitió Loiseau con voz temblorosa.

Auzenet se volvió hacia el chaval como sobresaltado por un disparo. Quiso dar un paso hacia él, pero yo lo agarré del brazo.

—¡Maldito chivato! —despotricó Auzenet.

Luego cruzó las manos detrás de la nuca. Se puso de rodillas. El rebelde se rendía.

La otra escalera estaba desierta. Todos habían llegado ya a sus camastros. Chautemps dio tres toques de silbato para pedir ayuda. Dos vigilantes llegaron corriendo desde el segundo barracón. Pelotilleros a los que han dado un certificado de buena conducta y así los llaman *monitores*. Desde la reforma, ese era su nombre. La Colonia penitenciaria pasó a ser bautizada como *Correccional vigilado* y los guardianes, *monitores*. *Vigilante* remitía demasiado a prisión. *Monitor* suena a colonia de vacaciones. Incluso habían sustituido sus kepis policiales por gorras. Los dos se pusieron firmes. Uno de ellos estaba ebrio. Andaba torpemente, con la mirada inestable. Chautemps señaló a Auzenet.

—Este duerme al raso.

Los guardianes cogieron al cabecilla y lo levantaron del suelo. No se resistió.

Luego nos mandó subir por la escalera en silencio y en fila.

Los más jóvenes dormían en los altillos, en un dormitorio de ocho camas de hierro, con mesillas, sábanas y mantas dobladas por la mañana. Los mayores tenían derecho a una celda con rejas. Una jaula para conejos cerrada por fuera. Yo estaba solo en mi madriguera, y tan a gusto.

Auzenet sería esposado a la barandilla, bajo la tormenta. Por unas horas o durante toda la noche. Hacía poco había pasado una semana aislado en el barracón disciplinario. Necesitaba un poco más de escarmiento.

Justo antes de que apagaran la luz y cerrasen las puertas, me llevé a Moysan y a Carrier hacia los dormitorios. El jefe se había quedado abajo con el castigado Auzenet. No tardaría en subir al piso. Había que actuar rápido. Me puse una boina y una bufanda hasta la nariz. Loiseau se desvestía, apenas protegido por la puerta del armario. Al vernos, los demás se volvieron hacia la pared.

—¡Eh, chivato!

Fui yo quien habló.

El clarinetista se sobresaltó. Estaba todavía en calzoncillos. Delgadísimo. Arañazos en la espalda y cardenales en las piernas. Se echó sobre la tierra batida y se hizo una bola. Sabía lo que le esperaba. Solo le di un puntapié. Ni en la cabeza ni en el vientre. Podría haber matado a otro como él. Denunciar a un camarada y dejarlo una noche bajo la lluvia, eso se paga. Pero cuando Loiseau se puso en el suelo, lo que vi fue a un gorrión caído del nido. Un polluelo translúcido, con una piel tierna y venosa, azulada, con el pelo cortado como si fueran unas

pocas plumas. Vi un cuerpo dañado y envejecido, cubierto de hematomas. Un enfermo escuálido. Un pequeño Judas, sin duda, pero que no merecía más que mi patada en el culo.

—Ha salido bien librado —gruñó Moysan cuando regresamos a nuestras celdas.

André Moysan era tambor en la banda de la colonia. Tocaba su instrumento con rabia, con la misma con que golpeaba al que se cruzaba en su camino.

—¿Eso es todo lo que se va a llevar? —preguntó Carrier, el alto.

—Sí, eso es todo —respondí.

Camille Loiseau tenía trece años.

Auzenet estuvo esposado hasta las dos de la madrugada. Se había desmayado sobre los peldaños de la escalera. Llamaron al jefe. Temió que estuviera enfermo. En el pasado, Haute-Boulogne enterró a varios colonos, hoy aseguraba proteger a los huérfanos.

De vuelta en el segundo barracón, cuando el cabecilla me preguntó si me había tomado la revancha en su nombre contra el chivato, le respondí que sí. Pero al día siguiente Loiseau estaba de nuevo en su puesto en el taller de costura, donde los cabecillas van a escoger a sus «mujercitas». No tenía marcas en la cara ni el brazo en cabestrillo ni cojeaba. Auzenet no me hizo ninguna pregunta. Y Loiseau no me denunció.

Durante una semana, estuvimos esperando volver a ver a los evadidos del fortín Fouquet, pero nada. Nadie nunca más habló de ellos. Sin embargo, en una ocasión percibimos sus fantasmas. Fue en un camino sinuoso, plagado

de helechos, zarzas y peñascos, que llevaba hasta el fortín. Me había tocado el marrón, junto a otros más, de sacar la basura hasta el portón, al otro lado del muro. Auzenet fue quien se percató del cortejo. Me dio un golpe con el codo.

Una procesión blanca, una caminata de penitentes. Todos iban inclinados hacia delante, con un pesado saco atado a la espalda con correas. Algunos llevaban una boina, otros el sombrero de paja puntiagudo de los canacos. Solo uno iba con la cabeza descubierta. Arrastraban los zuecos.

—¡Uno, dos! ¡Uno, dos!

El grito de sus guardianes llegaba hasta nosotros. Caminaban al mismo paso.

—¿Quieres probar la dureza de mi polla, Vigny?

Auzenet me miró. Discreto guiño de ojo. Clément Vigny era uno de los siete rebeldes.

Era el trabajo forzado de los castigados antes de que se los llevaran a prisión o los trasladaran a una colonia más dura. Del alba hasta la puesta del sol, sacaban la arena de una cala situada a doscientos metros del fortín y la transportaban por caminos empinados al abrigo de la muralla. Era una mano de obra gratis para el mantenimiento del balastro de la línea férrea. Otros acarreaban guijarros marinos en cuévanos para empedrar las carreteras de Francia.

—Mira, prefiero el incordio de sacar el cubo de la mierda de los colegas y abonar con ella el campo —me había jurado Auzenet.

Unos días después de su llegada a Belle-Île, lo habían condenado a ese «suplicio de las piedras», como lo llamábamos. Una semana llenando sacos de arena y trasladán-

dolos. Fue un mes de julio. La rebanada de pan gris no era suficiente. Algunos se desmayaban de hambre y de agotamiento, aplastados por la carga que llevaban. Todos habían consumido ya su cuartillo de agua del pozo antes de acabar el trabajo. Algunos incluso habían bebido agua de mar. Se pusieron enfermos. Al tercer día, para aguantar, el cabecilla y tres de sus colegas bebieron su propia orina. Habían jurado guardar el secreto, pero uno de ellos fue sorprendido por un guardián mientras meaba en su escudilla.

—¡Menudo cerdo estás hecho! —había bramado el guardia, blandiendo la porra.

A la mañana siguiente, les quitaron las escudillas.

Solo una vez intenté saltar el muro. Una pared de seis metros que abarca toda la colonia y nos impide ver el océano. Éramos tres. Yo tenía trece años y acababa de llegar a Haute-Boulogne. La idea era aprovechar unas obras, meternos en un volquete de escombros y maderas con destino al exterior. Mis colegas lo hicieron, yo, en cambio, dudé. ¿Evadirse? ¿Para ir adónde? Estamos en una isla. Nuestra fuga acabaría en la playa de Port-Guen o en las rocas, con los gendarmes pisándonos los talones. ¿Robar una lancha? ¿Y luego qué? ¿Zozobrar mientras nos hacíamos ilusiones al ver las luces de Quiberon? Casi, ay, por qué poco. Vale, henos ahí, en la lancha, remando hacia tierra. ¿Y luego? ¿El objetivo cumplido? ¿Caminamos hacia Auray? ¿Hacia Vannes? ¿Con nuestras cabezas de forzados y nuestras blusas de trabajo, esos blusones blancos que nos hacen parecer escayolistas? ¡Ah, sí! ¡Cómo no! ¿Robar alguna ropa tendida en un jardín, calarse una gorra, encontrar una bici, dirigirse a la estación, tomar un tren sin billete escondidos en la escalerilla? ¿Y qué más?

Llegar a París, fundirse con la multitud y juntarse con los delincuentes y los chorizos de Batignolles. Rehacer la vida de mala manera. ¿Y después? Robas un jamón de un puesto y suena el silbato de los gendarmes, empieza la persecución, el resbalón sobre la calzada mojada, el anzuelo de plomo lanzado antes de los bastonazos. Y a continuación: ¡Vaya! ¿Qué edad tienes, chaval? ¿Trece? Pues vas a conocer la Colonia penitenciaria marítima. ¿Belle-Île? ¿Que vienes de ahí? ¿Te haces el duro? Entonces a Eysses, el torreón de los criminales. A la vista de todo este panorama, renuncié. Los demás fueron capturados en la landa esa misma tarde.

Los arrecifes, las corrientes, las tempestades. No se puede huir de una isla. Nos limitamos a bordear las costas hasta donde alcanzaba la vista maldiciendo el mar. Pero algunos corrieron el riesgo.

Todavía me acuerdo. Llevaba ya allí dos años. Aprovechando una salida con una chalupa, tres mayores se encontraron con un solo vigilante marino. Lo golpearon, lo ataron rápidamente y le robaron una barca para alcanzar el continente. Fueron arrestados apenas pusieron pie en tierra. En otra ocasión, cuatro detenidos de entre quince y dieciocho años se amotinaron a bordo del Sarien, un barco escuela. El menor se llamaba Goazempis. Un ladronzuelo. Mataron al guardián Burlut a golpes de remo, antes de colgarlo del mástil con la driza del foque. Esa vez la isla entera se puso a buscarlos. Los rodearon y por poco se salvaron del linchamiento. Su sueño acabó en la prisión de Lorient. Tuvieron suerte. Un día el capellán nos dijo que el golfo de Quiberon era el cementerio de los colonos que se habían librado de las enfermedades.

Chautemps, Le Goff, el Napoleón, el Jamelgo, el Camello, el Tupé, el Rata, todos esos matones con uniforme, esos matones de bigote grasiento, aulladores, que apestan a alcohol, esos hijos de puta nos hacen la vida imposible. Educación correccional, como ellos dicen. Quieren instruirnos, llevarnos por el camino del bien. Para inculcarnos el sentimiento del honor nos enderezan a garrotazos y a puntapiés fangosos. Nos insultan, nos maltratan, nos castigan con el calabozo, un cuarto oscuro, un armario estrecho, una tumba. Nos amenazan día y noche. Nos amasan, nos mezclan, nos estiran como una pasta. Nos machacan cual malas semillas. Nos quieren tiernos y lisos como el pan blanco. A la comisaría de policía los diablillos, los parásitos y los granujas. Somanta de hostias para los degenerados, los viciosos y los incorregibles. Al calabozo los inmundos. Quebrar a los más pequeños, estrangular a los más mayores, a unos sus sueños, a otros su cólera. Transformar esa carne de patíbulo en futuros soldados, luego en hombres, y luego, de propina, en nada. Espectros que errarán por la vida como por los corredores de un presidio, serviles, avergonzados. Que irán a la fábrica con los hombros caídos, como si fueran a confesarse. Que nunca se revolverán. Que se aturdirán en el baile de los sábados al ver unas bragas. Que se casarán bajo los efectos del vino y la urgencia por llenar el estómago. Vida a jirones, sin gracia, sin luz. Y al final morirán, una mañana vacía, con la faz gris de un niño de Belle-Île.

La Colonia penitenciaria marítima y agrícola de Haute-Boulogne había sido edificada sobre el glacis de la fortaleza Vauban, una muralla negra plantada en el acantilado de una abrupta cala, para aniquilar a jóvenes canallas.

Para aplastarnos bajo pesadas cargas, matarnos de hambre, estrujarnos la mente. Los monitores dicen que quieren hacer de nosotros auténticos marineros, pero sus talleres de timón, de velamen, de cordaje, no son más que fábricas de consunción. Quieren convertirnos en campesinos en la granja de Bruté, pero sus trabajos en el campo solo son castigos para agotarnos. Para vomitarnos cual sombras arrojadas sobre sus catres por la noche. ¿Y a qué se debe esa extenuación constante, si estamos prisioneros en una isla? El muro infranqueable del recinto, los cinco barracones funestos, los dormitorios con rejas, los refectorios silenciosos, no hay nada en tierra comparable a la brutalidad del mar. Incluso nuestros guardias, con sus gorras de ferroviario, sus pantalones demasiado cortos, sus uniformes gastados a los que les faltan botones, sus bigotes relucientes de vino peleón y chamusquina de tabaco, son igualmente lacayos del océano. Este es nuestro verdadero muro infranqueable. Nuestra verdadera prisión. El océano es nuestro guardián más cruel. El que nos vigila, el que nos perdona la vida o nos asesina.